

Todas las deducciones de la teoría de la Relatividad han ido sometiéndose poco a poco a las pruebas experimentales de rigor excepto aquellas que por su naturaleza escapan a toda experiencia, como la obtención de las condiciones para el observador de la cámara alejada de cualquier otra materia, etc. Empero parece que la gran mayoría de los hombres de ciencia aceptan hoy día el relativismo como un legítimo avance en el terreno de las ciencias físicas y de la filosofía natural, y consideran que en lo que respecta a la simplificación y unificación de las leyes naturales la Relatividad presenta notables ventajas sobre las concepciones clásicas. Esto no significa, sin embargo, que se deban desechar de plano los principios y fórmulas de la Mecánica de Newton ya que en la mayoría de los casos resultan suficientes para determinar los fenómenos físicos; en la astronomía de nuestro sistema planetario, por ejemplo, dan resultados óptimos y a ello se debe el prodigioso adelanto de esta ciencia. La Mecánica clásica continuará teniendo vigencia, siempre que se trate de fenómenos cuya velocidad sea muy inferior a la de la luz y donde no intervengan campos de fuerza muy poderosos, además no en todos los casos resulta fácil geometrizar por completo el Universo.



De la Verdad y la Belleza en el Arte

Por RAFAEL OSORIO

El arte, expresión humana de lo bello ha tomado diversas formas de manifestación a través de la historia de la cultura, ora vertiéndose en la equilibrada combinación de las ideas, o en la armoniosa luminosidad de las formas, o en el inefable lenguaje de los sonidos. Pero en esta sublime morfología, que va eternizando la plenitud del alma del hombre a través de los siglos, hay más de ficción que de verdad. Por lo menos habría que analizar mejor la famosa sentencia clásica de que la belleza es *splendor veritatis*. Esta idea, fue quizá el fruto de una mente lógica, en la que se sintetizó la realidad del universo, deslumbrada por el fulgor indeficiente de su causa eterna, que aprehendió en las formas del cosmos, esa indefectible ecuación metafísica, según la cual, cada ser es la expresión exacta de una idea divina. Esta podría ser la belleza trascendental de la creación, no siempre y por todos comprendida, ya que sería quimérico pretender escrutar el pensamiento del Supremo Ser a través de las deslumbrantes manifestaciones de la naturaleza. Algo adivina nuestra alma de esta luz indeficiente que envuelve amorosamente las criaturas; pero nuestros ojos apenas pueden percibir un claroscuro, en que flotan los seres y los espíritus, arrebatados eternamente por un viento de misterio y sobresalto.

Si la verdad es exactitud, certeza y fijeza aún en lo movable y relativo, ¿cómo explicarnos ese súbito desplazamiento del espíritu, que se traslada vertiginosamente de una idea a una forma y viceversa, para poder experimentar ese flúido de belleza que se desprende del verdadero arte? Porque el arte tiene una virtud propia que rebasa la simple intención del artista. Cuando él quiere mostrarnos una realidad

del Universo, no puede presentarla a nuestra contemplación como un sencillo retrato, pues en esta forma no podría nacer el sentimiento de la belleza. Para lograrlo, vierte la concepción artística del ser a que quiere dar vida estética en otras formas que, en la creación, son modulación de la misma idea. Así en Poesía, la idea se representa en la imagen, que no es otra cosa que una misma esencia que se reproduce en el mundo o en el espíritu bajo diversos aspectos, como eco de una misma voz. Pero quien experimenta la sensación de la obra de arte, para gustar el sentimiento de la belleza, deberá evadirse a su vez de la obra de arte, buscando otras imágenes, otras repercusiones de la idea artística, encontrando en esta traslación y en esta relación entre sus propias imágenes y la concepción de la inspiración artística, el tesoro escondido de la belleza. Así ella aparece primero en la ecuación divina de la idea creadora y la esencia misma de las cosas; luego entre aquellas elegidas por el artista y la obra de arte y finalmente, entre la manifestación artística y las propias ideas e imágenes de quien la contempla. Peter Altemberg, interpretando el *Aniversario* de Stephan George, explicó su sentido poético, reuniendo en un solo haz al poeta, a quien leía los versos inmortales y a la criatura que los escuchaba.

Es que si el Universo es la suprema obra de arte del Creador, la Música, la Poesía, la Pintura, la Escultura, son el arte del hombre. El ser humano para expresar su concepción de belleza, se convierte en creador de figuras eternas, donde refleja en un orden espiritual más modesto el fiat milagroso de la creación. El artista, y en esto es justa la concepción hegeliana de la belleza, une lo abstracto y lo concreto, la idea y la realidad; dentro de esta tesis, el hombre sería la suprema obra de belleza, pues él mismo reúne en sí, en adorable síntesis, los reinos maravillosos de lo espiritual y lo material, de lo eterno y lo caduco, de la idea y las formas. Un poeta nuestro en un insuperable verso cantó así esta idea trascendente: "Somos lo que hay de bello...". El arte, no es el reflejo exacto de la realidad sensible, percibida por nuestros sentidos, comprendida en su estática de elementos esenciales por el entendimiento y vertida luego en palabras, colores o sonidos. Es una relación, una traslación instantánea, una chispa fulgurante que salta siempre que la idea universal se une a la realidad material. Desde este ángulo, se puede apreciar que cuanto más se aproxime tal relación ideal-real a las creaciones eternas, será más bella y acabada su expresión. Así vemos cómo el arte es un modo superior de belleza y va más allá de la belleza natural, para convertirse en belleza

artificial, hecha por el hombre, en este orden convertido en otro hacedor, en un creador de mundos esplendentes.

Para crear la obra de arte, el artista creador intuye las leyes eternas que rigen el universo y adivina en ellas la eterna armonía de la creación, prototipo de toda belleza; tales leyes universales son entonces el medio de que se vale para crear sus mundos. Por este camino empezamos a comprender el profundo sentido de la belleza, porque al descubrir y experimentar que las leyes universales de la creación se encuentran como soporte de todos los seres y rigen al mismo tiempo el mundo material y el mundo espiritual, las galaxias que flotan en el vacío y los pensamientos y sensaciones que emergen del insondable misterio de nuestra alma, el hombre encuentra dentro de sí un extraño poder, simbolizado en la leyenda esquiliana, en la que Prometeo, dios y en cierto modo redentor, arrebató el fuego sagrado al cielo, para entregárselo a los hombres, transmitiéndoles así el mágico secreto de donde nacieron las artes. De esta manera, el hombre, creador de universos de arte, se deleita en la contemplación de sus propias obras, en una manifestación de esa sutil y altísima teoría de la divinización del hombre de que hablara Platón. En este camino del arte, el hombre rehace en cierto modo y perennemente la creación.

Pero decíamos que no es tan exacto que la belleza en el arte sea el esplendor de la verdad, por lo menos de la verdad metafísica, es decir, de aquella que se manifiesta por la adecuación exacta del entendimiento con la esencia inmutable de las cosas. Porque si el artista crea la obra de arte, este mundo particular de belleza, tiene sus propias leyes y su propia verdad. Y esto es así en Pintura, donde los pinceles creadores renuevan las formas, que no son entonces verdadero reflejo de la realidad, sino recreación de las cosas, transformadas por el artista, que en un cuadro, sintetiza en forma prodigiosa, las imágenes dispersas en el universo, pero unidas entrañablemente por el hilo dorado de una misma ley inmutable; y es así en Poesía, donde la imaginación apolínea expresa las recónditas analogías del universo, y para cantar una idea, una emoción o una criatura, la traslada y la refleja, por medio de imágenes, en otras existencias con las que guarda una amorosa relación. Este afán del entendimiento y este movimiento del corazón de trasladarse inexorablemente a otros seres o entidades al contacto de la obra de arte, es en cierto modo una manera de huir de la verdad esencial para enamorarse de esa otra verdad ideada por el artista. Esta observación es menos clara en la música,

donde estas esencias creadas por el hombre por medio de sonidos penetran en la conciencia directamente, sin dispersarse después en el entendimiento, pero poblando luego la imaginación de indecibles imágenes, que dan forma a los sonidos, dotándolos de una vida mágica, que es júbilo o nostalgia, languidez o pasión dionisiaca, no comprendida sino sentida por medio de una adorable intuición.

Por aquí comprendemos la fenomenología del arte, que se hace presente en la diversidad de formas que ha asumido a través de la historia y que inspiró a Víctor Hugo su célebre apotegma: *A otro siglo, otro arte*. ¿Por qué, si la belleza fuera siempre en el arte el esplendor de la verdad metafísica, y siendo ésta única e inmutable, a cada época correspondería diversas formas de belleza y al arte diversas manifestaciones? Porque el espíritu se transforma a través del tiempo, a nuevas ideas corresponderán otras imágenes y otras formas de expresión en el arte, y aún más, nuevas concepciones sobre su significación como lenguaje de la belleza. En esta forma, la verdad relativa de los hombres creará nuevos mundos, que no serán sino aspectos de una realidad más trascendente.

Pero en todo caso, para experimentar el fulgor de lo bello, el espíritu deberá superar la realidad concreta y visible, deformándola en cierto modo, para revestirla de otras formas, creadas o imaginadas por el hombre mismo. Y quien contempla la obra de arte, para experimentar su inefable belleza, deberá también escaparse a ella, para crear sobre sus líneas o sonidos, otros mundos distintos a aquellos a que dio nacimiento el artista. Haciendo una síntesis de estas ideas, digamos que la belleza en el arte nace de aquella imponderable relación que establece el espíritu entre una existencia y la imagen de todas aquellas otras existencias, que están creadas y movidas por las mismas leyes, intuyendo la armonía infinita de todos los órdenes de la Creación, que permite al espíritu crear alrededor de un ser otros mundos, movidos siempre por una misma ley, universal y divina.

La Música Nueva

Por LUIS ANTONIO ESCOBAR

Todo arte por ser humano admite una clasificación, pero para su comprensión se requiere precisamente un conocimiento detallado y una voluntad de escudriñar y de querer descubrir o de aceptar sus efectos. Quizá solamente desde los románticos se afirmó el misterio y el enigma de la música. Se le atribuyeron cualidades a la música casi sobrenaturales y la palabra *música* quedó sonando a algo indescifrable. La música no es más que el ordenamiento genial de los elementos que hacen una obra de arte a base de sonidos. Es el desarrollo de una idea melódica sustentada por el desarrollo de los sonidos verticales que se suceden acompañando a la melodía y que se personifican con el ritmo dentro de un molde, plan esquema o forma. Como fin último toda obra de arte llegará a producir una reacción y la reacción no es un concepto definitivo. Para el profano desgraciadamente le es casi imposible entender un desarrollo de estructura, de melodía, armonía y ritmo y sólo está sujeto a la reacción que le produzca la obra de arte. No se debe engañar a sí mismo. Las obras modernas ya han sido aceptadas y examinadas en todos sus elementos y llegan seleccionadas al oyente. Este recibe las primeras reacciones pero su concepto definitivo sobre su aceptación debe demorarse al menos igual tiempo al empleado por el mismo compositor para ordenar y asimilar la obra. El mismo creador ha tenido que luchar unificando los elementos dando concepto global y parcial a su propia obra hasta llegar a concretar y realizar una idea emocional equilibrada y expresada por medio de sonidos. Es apenas justo que el novicio se sorprenda o que sólo goce con elementos parciales. Es muy común el comentario de los melómanos y de los profanos. A mí me gustó tal parte, o tal solo o tal movimiento. Ya al menos se ha conseguido una conquista y un interés que guiará la asimilación hacia otros lugares de la composición. Y después de estos comentarios el lector comprenderá cómo pecan por inocentes y por tercos quienes sin haber escuchado toda una obra en sólo un segundo la condenan con los peores epítetos. Equivaldría a condenar la televisión o las calculadoras electrónicas sólo por el hecho de no comprender su mecanismo. Al oyente le queda el camino pasivo de escuchar y volver a escuchar para que su sensibili-

